

Los aretes dorados

Jiménez Brito, F. Javier

1995

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/5164>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

LOS ARETES DORADOS

JAVIER JIMÉNEZ BRITO*

"Mi solitario juego está dominado por dos leyes polares."
Borges: *Pierre Menard, Autor del Quijote*.

Vivía solo en el *penthouse* horizontal de una ciudad del sur, al margen de la realidad concreta.

Se ubicaba en medio del pasillo rectangular —su espacio existencial y cotidiano—, ya que ese punto le producía una sensación de equilibrio. Por eso, su humanidad circulaba entre los extremos vitales del apartamento: en la pared norte relumbraba una piano negro y toda la pared sur estaba cubierta por un espejo francés, de los que no admiten distorsiones al reflejar objetos y seres vivos.

Esa mañana ilesa escuchaba en su silla de ruedas un concierto de Beethoven. El júbilo de las trompetas le infundió entusiasmo, para empezar el día inverosímil de un glacial otoño.

Cuando cambiaba de Beethoven a Haydn con el control manual sonó el timbre, anunciando el desayuno un agudo "buenos días". Tarareó burlándose de esa voz metálica o del programador que sintetizaba esos sonidos androides. Así que por la ventana convertible de la cocina llegó una charola de plata con jugo de naranja, unas piezas de pan tostado, café y medicinas.

Regresó a su espacio central y en el *adagio* se le escapó un eructo, puso el vaso de jugo con manos temblorosas sobre la charola de plata, y celebró su erupción a carcajadas. Mientras tanto, Haydn desataba de las cuerdas del violonchelo una nostalgia sublime. Esa melancolía lo sorprendió encogido y con las manos juntas. Giró un poco hacia la derecha y se enfrentó a la figura del otro lado del espejo, que lo cuestionaba; Él también miró la figura interrogativamente, y como ninguno de los dos tomó la iniciativa para hablar,

* Comunicólogo; estudiante de la Maestría en Letras Iberoamericanas; UIA-Golfo Centro.

Él decidió vigilar la hora en su reloj de arena. Entonces se deslizó hacia el gran ventanal para verificar con su telescopio la salida de Noemí, su maestra de piano. Cogió el telescopio y afocó una puerta colonial adosada de chapetones dorados y un número once. De la puerta antigua salía una mujer rubia con un abrigo verde claro y una gorra rusa. Evidentemente la amaba, pero nunca se lo había confesado. Poco antes de que Noemí arrancara su automóvil, el corazón del vigía se aceleró, al darse cuenta de que ella llevaba puestos los aretes de oro en forma de arpas (regalo en el cumpleaños de Noemí), y con los ojos escuchó su tintineo. Ella desapareció de la mira enamorada y Él desbordó de alegría al asociar que los aretes lucientes significaban, además de la clase de piano, una cena íntima con Noemí.

Se orientó hacia el otro extremo del pasillo ordinario, en el camino apagó el aparato de música al final del *allegro ma non troppo*. Llegó a su piano de colección. Movié el péndulo del metrónomo, y siguiendo la partitura ensayó la lección de una sonata impecable, a pesar de la artritis.

En la silenciosa fluidez del tiempo, el ritmo insistente del metrónomo lo despertó; se había dormido sobre el piano. El reloj de arena marcaba las 18:50 p.m. y de Noemí ni sus luces. Llamó al Conservatorio de Música y le comunicaron que la maestra Noemí Marcapasos había renunciado a su cátedra "Análisis musical del canto de las Sirenas", tema que por cierto le mereció mención honorífica en su examen de concertista. Al preguntar el motivo de su dimisión, la voz soprano de una mujer seguramente obesa le dijo que Noemí argumentó un viaje urgente por razones familiares y que su regreso era improbable. Agradeció el informe y colgó dirigiendo una expresión de reclamo al sol, el cual, como luna roja, se instalaba en sus pupilas. De inmediato tomó el telescopio y la puerta colonial seguía en su sitio, con su número once bronceado y enhiesto.

Para disminuir su desconcierto prefirió prepararse él mismo la cena. Entonces dispuso de una manzana y uvas, pan negro untado de crema de mostaza, queso *gruyere* y medio vaso de vino rojo.

Sabía que en realidad estaba haciendo tiempo para esperar la plena oscuridad y entonces echar mano del visor, a fin de observar las ventanas de la casa de Noemí, con la esperanza de hallar señales de su presencia.

A decir verdad ya no fue necesario que Él empleara esa noche el telescopio, fijo ahora en un espacio desconcertante: apuntaba hacia el único lote baldío de ese barrio poblado de judíos y joyerías.

Sonó por segunda vez el timbre metálico, pero de un modo perturba-

dor, lo cual le indicaba la visita semanal de su esposa y el curioso médico Pericles.

Ubicado en el extremo del piano antiguo puso su silla de ruedas en automático, para facilitar las cosas y enfrentar los hechos por venir. Quitó la música de Mahler, cerró el piano, guardó partituras y metrónomo. Avanzó al otro extremo del pasillo y durante su viaje hacia la puerta del elevador vio dentro del espejo a esa figura en actitud estática, perfectamente arreglado en traje negro y con un pequeño estuche sobre la palma de su mano derecha; también permanecía en su silla de ruedas, fumando en la antesala de un suceso inquietante.

Él abrió dos puertas simultáneamente, aunque en realidad sólo era una: la que servía de puerta del elevador y la misma, que hacía de puerta del *penthouse*.

Saludó a una señora esbelta vestida en sastre negro, de piel muy blanca y cabellos oscuros, tocados por canas de recia personalidad. Junto a ella entraba el médico Pericles, con la malla de rombos sobre su cabeza hirsuta, la bigotera que no se quitaba con los clientes "por higiene profesional"; un maletín de cuero y la bata de plástico, como impermeable de bombero.

Pericles practicó un reconocimiento al paciente, produciendo con su gruesa bata ruidos cómicos. La dama de negro fumaba nerviosa sentada frente al telescopio desconcertante, previendo malas noticias.

Pericles terminó y redactó su parte médico para entregarlo formalmente a la señora. Decía: "Su esposo interrumpió las medicinas, por lo que su conciencia se verá alterada el día de hoy.

"Ha entrado a una fase en la que puede sufrir alucinaciones periódicas, de tal manera que realidad e irrealidad empalmadas son su propia y peculiar realidad. Sugiero evitar la literatura de Borges y suspender audición e interpretación de música muy emotiva, especialmente la de Beethoven y Mahler. Desde luego debe continuar con el mismo tratamiento e incrementar al doble, durante tres días consecutivos, la dosis de pastillas recetadas con anterioridad".

Leído el informe la señora elegante trató de convencer a su esposo de que siguiera las recomendaciones de Pericles. El galeno guardaba sus instrumentos en el maletín, cuando captó de reojo que sobre el gran espejo francés refulgía un punto de luz dorada. Presentó la vista frente al espejo y la oscuridad de la noche invadía toda su lisa y marmórea superficie.

Se despidieron las tres personas. Pero Él se mantuvo frente a la puerta del elevador y, al mismo tiempo, de perfil al enorme espejo.

Al recobrar la lucidez, Él giró su cabeza hacia la derecha y encontró en ese movimiento la figura de sí mismo, sentado en otra silla de ruedas, ata-

viado en negro. Extendió la mano izquierda mostrando un estuche de joyas, con la derecha lo abrió y los dos miraron sorprendidos un par de pequeñas arpas amarillas.

Él aleteó los aretes dorados en la noche incierta de luz dictando un conjuro de amor, hasta que sus ojos se iluminaron con la esplendente desnudez de una mujer rubia que interpretaba al piano una sonata en el fondo alucinante del espejo.